

---

## LIBRO

---

### MARIO VARGAS LLOSA *EL PEZ EN EL AGUA* \*

**Fernando Sáez**

ESCRIBIR CON LA VIDA

**M**ario Vargas Llosa había prometido dejar los secretos de sus memorias para después de cumplidos los setenta años; así lo manifestó en larga entrevista al periodista brasileño Ricardo A. Setti. Debió ser muy fuerte, muy duro, el impacto de la derrota política, para que el novelista echara mano de sus primeros veinte años, que van en capítulos alternados con la minuciosa descripción de su fracaso, quizás como un decoroso paliativo.

No es casual, y desde ahí puede sospecharse un cuidadoso entramado, el hecho de que este libro comience con la descarnada escena en que su madre lo lleva, a los diez años de edad, escondida del resto de la familia, a conocer al padre que siempre creyó muerto. "Tu padre no está muerto, era mentira". Y aunque este episodio ya aparecía en las novelas *La ciudad y los perros* y *La tía Julia y el escribidor*, sus pormenores, absueltos de la ficción, atrapan al lector por el impacto emocional, por la sinceridad y por la promesa implícita acerca

---

FERNANDO SÁEZ. Escritor. Autor de obras de teatro de reciente publicación y de la novela *El aire visible* (Editorial Sudamericana, 1993). Colaborador de la revista *Mundo*.

\* Mario Vargas Llosa, *El pez en el agua* (Editorial Seix Barral, 1993), 541 páginas.

del calibre de las verdades que se avecinan. (Alguien debería bucear en las primeras cuatro novelas de Vargas Llosa, al encuentro de episodios de esos años traspassados a los libros.) Esa escena, sin duda, apunta a conseguir la adhesión y simpatía del lector, necesarias, indispensables, para acompañar al narrador en su peripecia política.

Hace su parte en esta estrategia la prosa copiosa, precisa, y en algunos pasajes hipnótica, que devuelve al escritor Mario Vargas Llosa, después de muchos años, a sus mejores logros.

Si el tiempo hace la diferencia entre memoria y testimonio, lo relativo a su niñez y juventud tiene el matiz de la nostalgia, de los recuerdos afectivos, de situaciones que parecen sorprender al propio escritor, quien, dejándose llevar en la ilación de esos acontecimientos, parece descubrir junto al lector las consecuencias posteriores de esos hechos. En cambio, el testimonio de su aventura política tiene la certeza de un retrato. Con un vigor implacable —a veces, quizás, influido por su personaje el Consejero de *La guerra del fin del mundo*—, desmenuza los actos, las personalidades, los yerros y aciertos de partidarios y opositores, sin contemplaciones, con la honestidad de quien no teme que sus juicios puedan ser considerados vengativos y [fácilmente] descalificados al provenir del derrotado.

Un antecedente revelador para esta lectura es la admiración fervorosa de Vargas Llosa por las novelas de caballería. Su ensayo de 1968, titulado “Carta de batalla por Tirant le Blanc” (1490 es un trabajo acucioso sobre la obra del valenciano Joanot Martorell, a quien califica como el primero de la estirpe de los suplantadores de Dios, seguido de sus muy admirados Balzac, Dickens, Flaubert, Tolstoi, Joyce y Faulkner, y puede entenderse también como un estudio detallado de sus propios trabajos, “erigida a imagen y semejanza de la realidad” y una divulgación de su propia estrategia narrativa, como, por ejemplo, “la muda o salto cualitativo, que separa, aparta, distingue en la realidad los diferentes planos que la componen, y los vasos comunicantes, que unifican reúnen, integran los elementos en una sola fluencia: de esa doble operación brota la vivencia como la chispa del frote de dos piedras”. Pero no es solamente el aspecto formal. Es, además, la presencia de un héroe y sus vicisitudes entre envidiosos, traidores, inescrupulosos y codiciosos y algunos generosos y dignos. Por ello es acertado el comentario de su mujer —Patricia Llosa— al argüir que lo que llevó a Vargas Llosa a la arena política, a su candidatura a la presidencia del Perú, “fue la aventura, la ilusión de vivir una experiencia llena de excitación y de riesgo. De escribir, en la vida real, la gran novela”.

Desde su nacimiento en Arequipa, y hasta su infancia, compartida entre Cochabamba, Bolivia, donde se traslada la familia Llosa (la tía Julia lo recor-

dará muchos años después :“¿Tú eres el hijito de Dorita, ese chiquillo llorón de Cochabamba?”), y Piura, donde su abuelo Pedro Llosa fue nombrado prefecto (por cuya autoridad el nieto participó con orgullo en actos públicos), todo parecía idílico para un niño sobreprotegido —engreído y caprichoso—, hijo único de madre viuda, rodeado del afecto de tíos y abuelos, consentido y consciente de un importancia. Hasta que conoce a su padre.

Nada hacía predecir el desbarajuste completo que significaría la aparición del padre. Además del cambio de escenario, de la provincia a Lima, y el alejamiento de la familia Llosa, su única familia, a la que el padre detestaba, debe enfrentar a un hombre arbitrario, violento, que lo golpea y a quien debe pedir perdón hincado y de manos juntas. Además, es testigo y víctima de las veleidades de la pasión desatada que es la relación de sus padres (ella se ha desmayado al volver a ver a quien, sin aviso, la abandonó con cinco meses de embarazo) y que, por supuesto, lo deja fuera del cariño de su madre, hasta ese momento, le pertenecía de manera exclusiva.

Episodios increíbles que constituirán su personalidad. Sin duda, de esos años y de esa coyuntura emerge la fortaleza de Vargas Llosa. Sin entrar en psicologismos ni desmenuzamientos de esos hechos y del relato, la sola constatación de un cambio de esa envergadura, imaginar el significado de un despojo tan brutal, mueve a una reflexión intensa sobre los hilos que se tienden en la personalidad del escritor. De esos tiempos nace su obsesión por la literatura. Sólo la ficción, la lectura, el ejercicio de la imaginación, lo salvan de quizás qué otro destino complejo. Porque de ese cambio sobrevienen un temor, un miedo patológico a su padre, que, hasta hoy, al recuerdo de alguna imagen de los años que estuvo bajo su autoridad le causan un súbito vacío en el estómago. De ese miedo surgió un odio del que se sentía culpable, lo que, por única vez en su vida, lo hizo devoto y asiduo de los confesionarios.

Desde su entrada al colegio militar Leoncio Prado en 1950, impuesta por su padre, empeñado en conseguir que su hijo se hiciera hombrecito, rabioso crítico de la educación suave y tolerante de la familia materna, comienza un proceso que tiene como telón de fondo la figura paterna de manera contradictoria y compleja. Si bien en su comportamiento comienza a parecerse más al deseo del padre, alineándose entre el grupo de los “locos”, peleando, desafiando las reglas, triunfando en concursos de masturbación, también comienza a fraguarse su pasión por la literatura, que el padre abominaba.

Sus trabajos de verano en el diario *La Crónica*, antes de terminar el colegio, lo introducen en la vida bohemia de Lima y, entre bares y burdeles, al conocimiento de nuevos autores —Malraux, Sartre— para sus voraces lecturas. Todo ello y la escritura de su primera obra de teatro, a los quince años, *La huida del inca*, afianzan y clarifican su vocación.

Los viajes del padre a Estados Unidos, y su estada de un año en Piura, terminando sus estudios, donde continúa su trabajo de periodista y su obra teatral es representada, son hitos que marcan el comienzo de una independencia que parecía imposible. Libre de esa tutela despiadada podía comenzar a organizar su propia vida.

Los años siguientes fueron vertiginosos y fecundos. Con su ingreso a la Universidad de San Marcos, en plena dictadura de Odría, no pudo sustraerse al encantamiento de reuniones políticas clandestinas, al estudio del marxismo, a su afiliación al Partido Comunista, pero, al mismo tiempo, conseguía trabajos, estudiaba francés, escribía cuentos, colaboraba en revistas y era un aplicado alumno de Letras. Al contrario del desgano de la mayoría de los profesores, el curso de Fuentes Históricas Peruanas, que dictaba Raúl Porras Barrenechea, le da un alumbión intelectual. Será este historiador, que luego fue senador y ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Prado, quien le dará trabajo y en muchos sentidos será su mentor, abriéndole las puertas de cierta intelectualidad limeña donde campea la viuda de César Vallejo, Georgette, y donde, además, Vargas Llosa estará en contacto con la vida política, como secretario de candidatos, como hacedor de discursos.

El último capítulo de esos primeros veinte años de su vida son una vorágine de acontecimientos intelectuales, laborales y amorosos. La aparición de la tía Julia, su aventurero matrimonio, las mil y una peripecias para mantener el nuevo hogar —cinco o seis o cien trabajos al unísono—, los últimos embates de su padre, todo lo que culmina, como en cuento de hadas, al obtener un premio por su cuento “El desafío”, que consiste en un viaje a París y estada, a todo lujo, en el hotel Napoleón. Y allí, el deslumbramiento: entrevista en *Le Figaro*, saludar a Camus, comer en Le Fiacre, la aventura de una novia efímera, en fin, percibir cierto sentido tangible de la belleza.

A su vuelta a Lima, luego de un corto viaje a la Amazonía —que se convertiría en una fuente inagotable de inspiración para su escritura— consigue una beca para España, por un año, con la secreta intención de transformarla en un viaje para siempre. Allí se fraguaría su vocación literaria y rescataría todas las experiencias de esos veinte años en sus mejores novelas: *La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversaciones en la catedral*.

Lo que está presente en *El pez en el agua*, como un todo, es la historia y la pequeña historia del Perú de los últimos cuarenta años. La pregunta que agita la novela *Conversaciones en la catedral* ¿En qué momento se había jodido el Perú? reaparece tácitamente como un asunto que importa esencialmente a Vargas Llosa. Desde el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero, pariente de los Llosa (un hombre del que se dijo algo que se escucha de tiempo en tiempo, para compadecer el fracaso de algún presidente latinoamericano:

“Era un presidente para Suiza no para el Perú”); la dictadura de Odría (1948-1956), que marca la estada de Vargas Llosa en la Universidad de San Marcos, comprometiéndolo con el Partido Comunista; la presidencia de Manuel Prado, que aplicando una política monetarista y conservadora trajo un clima de optimismo y seguridad, con favorables efectos en la vida cultural aplastada por la dictadura anterior (en este ambiente próspero el presidente consigue la anulación de su matrimonio de cuarenta años —convenciendo al Vaticano de que se había casado sin su consentimiento— y en seguida contrae nupcias con su amante de muchos años en el Palacio de Gobierno); luego el primer gobierno de Belaúnde (1963-1968), al que sigue la dictadura de Velasco Alvarado y luego Morales Bermúdez (1968-1980); la segunda presidencia de Belaúnde (1980-1985), en que Vargas Llosa tiene más decididas actuaciones en política; para desembocar de lleno en el conflictivo y caótico gobierno de Alan García (1985-1990), lo que hace de la elección de 1990 uno de los ejes centrales de este libro, un hecho crucial.

El intento de Alan García de estatizar y nacionalizar bancos, financieras y compañías de seguros, anunciado en julio de 1987, fue el detonante para que el escritor abandonara sus muchos proyectos literarios y entrara de lleno a la lucha política —que terminaría con su derrota en junio de 1990— con una tenacidad digna “del primero del curso”, como la calificara, de entre los autores del *boom*, la mítica agente literaria Carmen Balcells, y la voluntad de quien es “capaz de apasionarse por cualquier cosa y no pensarlo dos veces”, como el mismo confiesa.

Para ese tiempo ya habían quedado muy atrás su compromiso con el marxismo y su paso por la Democracia Cristiana. Ahora era un ferviente admirador de Margaret Thatcher y un convencido de que la salvación del Perú estaba en los nuevos rumbos del liberalismo.

Esta incursión en la política contingente no es premeditada, pero tampoco fruto de la improvisación. Desde la aparición de *La ciudad y los perros* (1963), sus obras tuvieron efectos y reacciones en el mundo político; la novela fue quemada en un acto público por el Ejército, al considerarla ofensiva para las Fuerzas Armadas, y se tildó a su autor de degenerado. También sus actuaciones fueron repudiadas. En 1979 fue declarado traidor a la patria, al firmar, junto con intelectuales chilenos, un manifiesto para desterrar rencillas, con motivo del centenario de la Guerra del Pacífico. Y, como presidente de la comisión investigadora de la matanza de periodistas en Uchuraccay (1983), acusado de encubridor del crimen por prestarse a un “simulacro judicial”. Para no ahondar en los muy conocidos ataques recibidos desde la izquierda intelectual que ha torpedeado su carrera después de su vuelco ideológico, y que en este libro reciben un contundente ataque en el capítulo “El Intelectual Barato”

(Matasietes antiimperialistas en sus manifiestos, ensayos (...)) [q]ue habían hecho del odio a Estados Unidos un apostolado (...) [a]limentados por la Guggenheim Foundation, la Mellon Foundation (...)”.

Además, Vargas Llosa venía precedido por el aura de su triunfante carrera, convertido en una figura emblemática del éxito, lo que nadie parece soportar demasiado. Así, ideas, actuaciones y triunfos se sumaban como plata-forma sólida para sus seguidores, y contundentes pies de barro para sus oponentes.

A las primeras reuniones públicas —fervorosas y multitudinarias— en su nuevo papel de líder carismático e indiscutido del Movimiento Libertad, en que logró bloquear la ley de estatización de la banca y terminar con los sueños de Alan García, sigue la decisión —controvertida y desafiante— de ser candidato presidencial.

Para quien tenga la curiosidad de saber cuánto en política es improvisación, cuánto casualidad e imponderables, y cuánto más juegan las personas que las instituciones o las ideas, estos capítulos serán aleccionadores, aun cuando se advierte como exageración novelesca de Vargas Llosa que la política sea “una actividad hecha de maniobras, donde aflora el aspecto más sucio e innoble de la personalidad humana... Sucumbiendo al pragmatismo entendido en el peor sentido de la palabra”.

Quizás la timidez, o la inseguridad, hizo, al comienzo, cometer un error que le costaría todo al Movimiento Libertad. En vez de enarbolar su propia bandera, creyendo en la solidez organizativa de partidos a fines, se alió con dos, antiguos y gastados: el conservador Partido Popular Cristiano y Acción Popular, cuyo muy antiguo líder, Belaúnde Terry, se resistió a un segundo plano. Este conjunto, unido en la llamada Alianza Democrática, que no pasó de ser una “alianza pegada con alfileres” que se desgastaba en rencillas internas y luchas sin cuartel a la hora de hacer listas para presentar candidatos a los municipios y al Congreso, llevó a Vargas Llosa a presentar su renuncia a la candidatura en medio de la campaña —junio, 1989— viajando súbitamente a Europa, hastiado de las dificultades entre sus partidarios, para regresar veinte días después, porque el compromiso adquirido era superior a su deseo y la amenaza había solucionado en buena parte los desencuentros. Amigos y enemigos vieron en esto una estrategia digna de un político fogueado.

Los dos problemas principales del Perú eran la violencia y la economía. De manera descarnada, con una honestidad y crudeza que más bien espantaba al electorado, Vargas Llosa presentó un programa de gobierno sólido que intentaría el camino de la libertad económica, “convertir a este país de proletarios, desocupados y privilegiados, que es ahora, en un país de empresarios, de propietarios y de ciudadanos iguales ante la ley”. Y aunque fue el único

candidato que parecía tener clara las cosas, las reformas anunciadas atemorizaron incluso a connotados empresarios.

Con este panorama arreció, desde el gobierno y la izquierda, una campaña de desprestigio gigantesca. La mayoría de los canales de televisión radios, revistas y diarios se encargaron de propalarla. Aparte de los efectos desastrosos del *shock* que significaría el cumplimiento de su programa, quien lo llevaría a cabo era un ateo, pornógrafo, incestuoso, cómplice de los asesinos de Uchuraccay, drogadicto y evasor de impuestos. Lo de pornógrafo corría por cuenta de esa novela de erotismo higiénico que es *Elogio de la madrastra*, cuya lectura por capítulo y posterior debate entre psicólogos y sexólogos se hacía en horario estelar por el canal estatal. La fuerza de la religiosidad en el pueblo peruano era aprovechada para destacar el ateísmo de Vargas Llosa, en la imposibilidad de que el matiz entre un agnóstico (que Vargas Llosa lo es) y un ateo tuviese alguna importancia, todo esto con una actitud silenciosa de parte de la Iglesia Católica.

A esas alturas poco quedaba del novelista. La campaña entraba en una vorágine de reuniones, viajes, mitines, discursos y discusiones de enorme esfuerzo físico y mental, por lo que para escribir no había un segundo, y su promesa de leer dos horas al día se reducía, a lo más, en la lectura de Góngora, antes de dormirse, lo que “era un baño lustral, cada vez aunque fuera sólo por media hora, salir de las discusiones, las conspiraciones, las intrigas y las invectivas y ser huésped de un mundo perfecto, desasido de toda actualidad, resplandeciente de armonía, habitado por ninfas y villanos literarios a más no poder y por monstruos mitológicos, que se movían en paisajes quintaesenciados, entre referencias a las fabulaciones griegas y romanas, música sutil y arquitecturas depuradas (...). Cuánto le agradecí haber erigido ese enclave desactualizado y barroco, suspendido en las alturas más egregias del intelecto y la sensibilidad, emancipado de lo feo, de lo mezquino, de lo mediocre, de ese tramado sórdido en que se dibuja la vida cotidiana para la mayoría de los mortales”.

Lo que sigue es más conocido. Muy lejos de conseguir triunfar en la primera vuelta electoral (8 de abril de 1990) el porcentaje obtenido lo acercaba al misterioso ingeniero Fujimori, quien durante meses aparecía en las encuestas con 1%, y que del brazo de los evangélicos y otros pintorescos personajes había subido, en quince días, tanto como para disputarle la presidencia en una segunda vuelta.

Vargas Llosa ya no quería una segunda vuelta. Sumando peras con manzanas, la mayoría del electorado había votado por un cambio: entonces, estaba dispuesto a ceder su lugar. Las imposibilidades legales y los petitorios, que incluían a la Iglesia Católica con visita furtiva del obispo de Lima —quien en polémica interpretación teológica consideraba que “un agnóstico no era un

hombre sin Dios, sino alguien en pos de Dios, un hombre que no cree, pero quisiera creer, un ser presa de una agónica búsqueda unamuniana al final de la cual se hallaba tal vez el retorno a la fe" —no lo hicieron posible y debió llegar hasta el final.

En la campaña de la segunda vuelta se agregaron a los problemas objetivos del Perú el racismo y la lucha religiosa. "El chinito y los cholitos contra los blanquitos", rezaba uno de los slogans del ingeniero Fujimori, quien, como sabemos, derrotó a Vargas Llosa el 10 de junio de 1990.

Este último capítulo, igual que el de juventud, lo devuelve a Europa. Pero mientras a sus veinte años era el comienzo de una carrera literaria fulgurante, esta vez era, quizás, el final de una carrera política complicada.

Posteriormente, algunos seguidores, haciendo gala de lealtad y de un freudismo de silabario, han sustentado la teoría de que la derrota fue un acto querido por el escritor como un *desaire* inconsciente a los deseos de su padre, quien había manifestado que quisiera que su hijo "fuera algún día millonario o, en el peor de los casos, Presidente de la República". Las circunstancias de la campaña, la realidad del Perú, son razones más suficientes para entender lo ocurrido, sin necesidad de una explicación antojadiza.

En el apretado registro de estas dos historias escritas con brillantez, repletas de anécdotas, triunfos pesares, pasiones, fuegos de artificio, truenos y relámpagos, se ocultan —pero se entrevén— muchas verdades más profundas y escuetas que quizás algún día se conozcan.

*El pez en el agua* no es un libro de reflexiones ni un compendio de meditaciones acerca del poder, de la infancia o de la formación de un hombre o de la política; es, en realidad, un libro de aventuras. Pero resultaría temerario calificarlo de superficial. Su profundidad no está descrita en párrafos sesudos. Podría más bien asimilarse a la profundidad de campo de las fotografías: nitidez y superposición de varios planos, que entrega un testimonio honesto, nunca ingenuo, de la realidad poco mágica de la vida latinoamericana. □